

# Una riqueza dilapidada (el papel del anciano en la sociedad)

José María Vinuesa

Catedrático de Filosofía de I. E. S.

En memoria de mi abuelo Tomás, la persona que más ha influido en mí.

**P**ara justificar el título y explicar cómo se dilapida hoy la riqueza que encierran los ancianos para la sociedad, comenzaré por exponer el marco teórico; las potencialidades sociales y educativas de los ancianos, dentro de unas relaciones que se han desarrollado de una forma casi perpetua en las sociedades humanas, y a continuación, frente a ese marco, el modo actual de esas relaciones, en la medida en que tiende al despilfarro de las capacidades de los ancianos.

Cuando alguien se dirigía a mi abuela Matilde como «abuela» ella, con todo derecho, interpretaba «anciana», por lo que, muy dignamente, contestaba: «abuela de mis nietos». Éste puede ser un enfoque adecuado para estas reflexiones; el papel de los ancianos ya no puede consistir en la constitución de un «senado» que dirija los destinos de la sociedad en su conjunto. Pero, al menos —si no en la macropolítica, en la microsociología—, los ancianos («abuelos») podrían tener un papel relevante

que desempeñar respecto a sus nietos. En reciprocidad, las relaciones con los nietos son reconocidas como las más satisfactorias por parte de sus abuelos.

Sorprende comprobar que, aún en el presente, en una población urbana como Barcelona, los nietos adolescentes consideran a los abuelos como compañeros con los que tienen una relación muy valiosa. Las principales cualidades de esta relación (abuelo-nieto) podrían ser:

**a) Proximidad.** Cercanía espiritual de la otra persona. El nieto, desde muy niño, engloba, con la mayor naturalidad, a sus abuelos en el «nosotros» con el que designa el conjunto formado por él mismo, sus padres y hermanos; los «suyos». El sentimiento de intimidad es compartido por los abuelos en grado máximo.

**b) Mutua comprensión.** Intuición compartida que presenta a cada uno como conocedor de los sentimientos del otro y, al tiempo, entendido por aquél.

**c) Amistad.** Vivencia de una relación que, siendo íntima, mantiene —no obstante— a los abuelos y nietos (de ordinario, cuando los padres existen y ejercen de tales) en unas posiciones de independencia mutua que es característica de la verdadera amistad.

Hay que recordar que Aristóteles en el libro VIII de la *Ética Nicomaquea* subraya el elemento de igualdad e independencia entre los amigos y hace notar (capítulo 7) el carácter peculiar de la «amistad» entre padres e hijos, relación en la que existe un elemento de superioridad y dependencia.

Por esa relación de mutua independencia —que hace impertinente cualquier reacción de rechazo en la crisis de la adolescencia— los abuelos pueden llegar a influir mucho más que los propios padres, especialmente cuando la convivencia es frecuente. En suma, carecer de abuelos puede ser identificado como una probable causa de empobrecimiento de la vida social/familiar de los jóvenes.

En las últimas décadas, las funciones principales de los abuelos respecto a sus nietos han venido siendo:

**a) La participación en su crianza.** Especialmente las abuelas, vienen actuando como «canguros» durante la jornada laboral —en los casos de incorporación de la madre al mundo del trabajo— o durante las vacaciones de los padres. Basta pasar por un Centro de preescolar a la hora de la salida para ver quiénes recogen a los niños.

**b) Educación.** Los abuelos han venido realizando funciones transcendentales como la transmisión de valores morales y de toda una ideología que va implícita en los refranes, sentencias, consejos y frases hechas que enseñan a sus nietos. Esta educación es aun más rica y variada cuando el nieto reside en una ciudad y el abuelo permanece en el pueblo. El contraste es muy enriquecedor para el niño/adolescente.

**c) Modelo de personalidad.** Los nietos suelen admirar a los abuelos, les toman como referentes y juzgan, por lo general, imitables sus actitudes ante la vida y hacia los demás. Frecuentemente, duele más al nieto una reprimenda de sus abuelos que de sus padres, porque tiene mucho empeño en conservar su buena reputación con sus abuelos (lo que, por otra parte, es más fácil).

**d) Socialización familiar integradora.** Los nietos que tratan frecuentemente a sus abuelos tienen un sentido de membrecía familiar más acentuado. A ello contribuyen las «historias» que los abuelos cuentan sobre los antepasados y la información que aportan sobre la familia. Que la imagen del abuelo contando historias no es de hoy se comprueba en la *Retórica* (Libro II, cap. 13), donde Aristóteles acusa a los ancianos de «charlatanería; pues se pasan las horas contando cosas, porque gozan recordando».

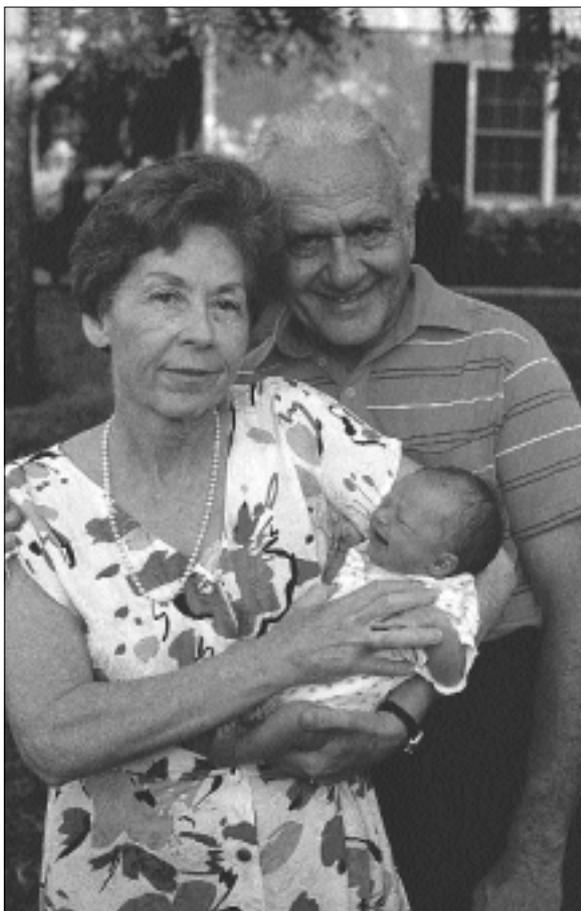
**e) Apoyo** en los conflictos con los padres o cuando sobrevienen problemas conyugales.

Las dificultades para la correcta identificación de su papel por parte del abuelo son bipolares:

**a) Por exceso** (de atención y

preocupación, de interés por la educación de los nietos...), lo que suele ser interpretado por los padres como entrometimiento y es fuente de roces.

**b) Por defecto de compromiso y responsabilidad**, entendido como pasividad insolidaria.



La mayor parte de los abuelos, en todo caso, prefieren ser estrictamente abuelos, no segundos padres; se muestran partidarios de relaciones de amor y felicidad compartida con sus nietos, sin adoptar una responsabilidad paternal estricta ni interferir en decisiones que, frecuentemente, no comparten, pero respetan.

Igual que sucede en la relación paternofilial, el trato de los abuelos y los nietos depende de la edad de los abuelos, en términos absolutos, y de la razón entre las edades de abuelos y nietos. La máxi-

ma unión se da entre los abuelos más jóvenes y sus nietos cuando éstos son pequeños. En la actualidad, el retraso exagerado en tener hijos por parte de los padres hace que los abuelos no puedan desarrollar una labor muy positiva, salvo el papel utilitario de canguros.

Por otra parte, las relaciones de los nietos con los abuelos están mediadas por los padres; en número (coinciden con las relaciones entre padres y abuelos) y en tipo, de tal modo que los padres, al menos inconscientemente, desearían que los abuelos reprodujeran con sus nietos la actitud que tuvieron con ellos, como padres, lo que —por múltiples razones— ni es posible ni sería conveniente.

Las relaciones abuelos-nietos pueden tener caracteres negativos en los casos de sobreprotección del nieto por sus abuelos, cuando éstos proyectan sus propios temores sobre la aparente indefensión del niño. Más probables y más negativas son las relaciones basadas en la tolerancia universal a los caprichos del nieto, actitud que crea perplejidad en

los niños respecto a la prescriptividad de las normas recibidas en su casa o en la escuela.

El simple trato de los niños con sus abuelos constituye una fuente de datos para su propia reflexión sobre el curso futuro de su vida. Para muchas personas, la experiencia de la muerte —vívica precisamente en el fallecimiento de uno de sus abuelos— fue el final de su niñez, el momento crucial en el que el principio de la realidad venció al principio del placer y cuando las ensoñaciones de la infancia chocaron con lo inexorable.

Frente a ese marco teórico, el papel educativo de las personas mayores se ve en la actualidad disminuido o, incluso, anulado. Algunos de los factores que generan esta situación son sociológicos. El éxodo del campo hacia las ciudades —que implica, en todo caso, pérdida de la frecuencia e intensidad de las relaciones familiares—, la movilidad geográfica inducida por la búsqueda de formación y empleo, y otras razones que tienen que ver con cambios en los valores y las costumbres, han ocasionado un resquebrajamiento de la unidad familiar «extensa» (patriarcal), con el reforzamiento de la familia nuclear (padres e hijos exclusivamente). Los ancianos quedan, en esta estructura familiar, como superestructuras carentes de significado. Los nietos se refieren a su abuela paterna, por ejemplo, como «la madre de mi padre»; los tíos pasan a ser «hermanos de mis padres», etc. La relación familiar vertical comienza a ser asimétrica y totalmente falta de correspondencia, porque los abuelos siguen manteniendo los mismos sentimientos tradicionales —aquellos en los que fueron educados— respecto a sus nietos.

Otras veces, los motivos del arrinconamiento de los abuelos son funcionales. La economía más competitiva —con perspectivas de éxito— está basada en los avances tecnológicos. Los sectores más modernos de la economía son intensivos en capital, por lo que hay un reemplazo progresivo de la tradicional «mano de obra» masiva por el empleo selectivo de personas formadas en las tecnologías más avanzadas (ya que la competitividad se asienta, entre otros factores, en el avance tecnológico comparativo y la innovación). La rápida obsolescencia y sustitución de las tecnologías (y de las sucesivas generaciones de equipos, sistemas, máquinas...) hace cada vez menos útil la experiencia práctica (lograda en un largo periodo laboral, preferiblemente en el mismo centro de trabajo) y más deseable la formación teórica y aún la capacidad personal de innovación.

En ese contexto, es lógico el papel relevante concedido a la formación/preparación profesional, en detrimento de la transmisión de conocimientos, valores y costumbres tradicionales. La enseñanza del abuelo aparece como inútil. Por otra parte, la falta de habilidad del

anciano (frecuentemente, franca torpeza) en el uso de electrodomésticos, medios informáticos, automatismos, etc. le convierte en objeto de compasión y piedad para sus nietos más que en ejemplo a imitar y fuente de sabiduría. Hoy los ancianos, ocasionalmente, aparecen ante sus nietos como contadores de «batallas» más o menos verídicas y divertidas pero, en el fondo, incomprensibles y sin sentido ni utilidad. La minusvaloración, por no decir completa devaluación, del anciano en el terreno educativo es un elemento más de marginación social que —por otra parte— realimenta su autoimagen de carga inútil, también en el terreno familiar.

No tengo duda de que el presente modelo de relaciones abuelos-nietos —como la postergación de las humanidades en la enseñanza— sólo son modas pasajeras. A no tardar, caeremos en la cuenta de que el cariño de la abuela no sirve para triunfar en la vida ni los consejos del abuelo ayudan a acumular patrimonio, pero eso no es una objeción humanamente seria; la convivencia con los abuelos tiende a fines mucho más elevados: a socializarnos correctamente y a hacernos personas.